



LA CASA DE MANUELITA SÁENZ

MANUEL CARRASCO VINTIMILLA

**“En Paita preguntamos
Por ella, la Difunta;
tocar, tocar la tierra,
de la bella Enterrada.
No sabían. La insepulta de
Paita”**

Pablo Neruda.

Asfixiada por el sempiterno abrazo de dos formidables colosos –el desierto y el mar– Paita duerme su eterno sueño de polvo y canícula, ajena al paso del tiempo y al devenir de la historia, perdida la memoria de sus años mozos, cuando fue la puerta y el puerto de de la joven América y la siempre vieja Europa.

Ya nadie recuerda, ni quieren recordar, que desde sus calcinadas arenas se embarcaban para Sevilla, otra puerta y otro puerto de los dos continentes, entonces unidos por el cordón umbilical de la conquista y la explotación colonial, los productos de estas Indias Occidentales niñas aún y llegaban a sus muelles los recios castellanos en pos del oro, la fama y la gloria.

Ya nadie recuerda, ni quieren recordar, que ahí, en ese claro luminoso de la pequeña rada, donde anclan azules los barcos, cuando comenzamos a

ser Ecuador y Perú, vivió su destierro, subsistió, víctima de las miserias humanas, vendiendo dulces y cigarrillos, y murió aferrada a su amor, a su orgullo y a sus principios Manuelita Sáenz, la libertadora del Libertador, frase que por repetida y manida ha perdido su profundo significado inicial.

Por la asfaltada pista, como dicen los peruanos a la carretera, que une Piura con Paita, con Romeo Rodas Abad –él al volante de su poderoso Gran Vitara– repasamos entusiasmados, a medida que nos acercamos a nuestro destino, las venturas y desventuras de esas dos almas gemelas hechas para el amor, la fama, la gloria y el olvido. Vamos en búsqueda de la casa en la que vivió y murió Manuelita Sáenz.

En el puerto le preguntamos al primer policía con el que topamos: el hombre nos mira con cierta suspicacia y malicia. No, no sé, nos responde y se retira rápido. Me siente, le digo a Romeo, que está pensando que buscamos la casa de alguna triste señora de la vida alegre.... Vamos al municipio! En efecto, ahí, un conserje con cara de pocos amigos y luego en la plaza de armas, unas maestras que trabajan con los niños bajo la sombra de las acacias nos dan la pista: en una calle sin nombre, al fondo de una plazoleta anónima está la casa. Hay una placa que la identifica, nos dicen.

La casa, una cabaña en ruinas, es de propiedad

de la familia Pacheco, que vive en Catacaos, nos informa un anciano medio sordo. Nosotros sólo somos arrendatarios, en realidad quien sabe todo sobre Bolívar y Manuelita es mi sobrina, la profesora Mary Godos, pero este momento está en clases, vengan a las tres. Sí, afirma un muchacho gordo de ojos andaluces, ella, por sol y medio les cuenta toda la historia. Con recelo y desconfianza nos hacen pasar a la única habitación de la casa. Estamos velando a un pariente que murió hace un mes, nos informa una mujer escapada de algún cuadro tenebrista de Goya, ante nuestra sorpresa cuando nos topamos con un altar en el que asoman por lo menos una docena de estampas de vírgenes y santos y el buen Jesús crucificado. Pero esta no es la casa en la que vivió doña Manuelita, la verdadera está en la esquina, sino que el Cabildo puso la placa en los años setenta, nos dice, por que a la otra la iban a botar para levantar un edificio nuevo. Luego de tomar las fotos de rigor y con un agridulce en el alma, sintiéndonos deudores con la historia, con Manuelita, preguntándonos con el poeta, también universal e inmortal, ¿Por qué? ¿Por qué esta tierra miserable? ¿Por qué esta luz desamparada? ¿Por qué esta sombra sin estrellas? ¿Por qué Paita para la muerte?, abandonamos la ciudad bifronte, como el mitológico Jano, de cara al mar, donde se respira un aire de frescura bajo las torres y cúpulas de su iglesia entre barroca y neoclásica, a la sombra de las acacias, mientras la otra cara se enfrente con el desierto gris en su inmensidad, reverberante como el plomo fundido en los destellos de la canícula, mientras abundábamos en nuestra entusiasta charla sobre la histórica memoria de la insepulta de Paita.

Ya en Cuenca, comento con la familia que visitamos la casa donde vivió y murió Manuelita Sáenz, entre otras incidencias del viaje. No puede ser, reacciona de inmediato mi nieta María Fernanda, por que a la Señora le quemaron con la casa, los trastos y todo ya que murió durante una epidemia de difteria, según el

video que pasaron en la escuela, afirma con verdadera convicción, sí, corrobora mi hija Catalina: un oficial allegado que sobrevivió a la peste logró salvar parte de los documentos que custodiaba Manuelita y alguna cosa de su correspondencia. Y yo me quedo alelado, turulado, perdido en los vericuetos de la historia.

Sin embargo, revisando mis antiguas lecturas, en “Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador”, de don Alfonso Rumazo G. encuentro el siguiente párrafo: >He aquí el albergue de la “reina de la Magdalena”: “Una casa humilde, de un solo piso, muy baja, con techo de dos aguas y una galería al exterior provista de una sencilla baranda de madera sin talla alguna, como las pilastras, y tres puertas dando acceso a una sala grande (A Posse Rivas)<. Descripción que coincide con la vivienda que visitamos en Paita durante nuestro periplo por el norte del Perú y que confirma que la casa está ahí, habitada por la familia Godos quienes, entre recelos y dudas, quizás sin comprender bien la real dimensión histórica de los personajes a los que se refieren con familiaridad, como decir mi tío Simón o mi prima Manuelita, conservan para los pocos curiosos que se animan a llegar hasta ese ahora recóndito rincón de la geografía peruana, acaso desvaída, tal vez desdibujada entre la leyenda y el mito, la memoria de dos personajes claves para entender a esta patria americana a cuya constitución contribuyeron en uno de los momentos claves de su milenaria historia.

Máncora XI 30, 2003, Cuenca XII, 2003. III, 2005.

